



La feria en la calle 18 de Julio. Vista de la esquina S. O. de la calle Daymán, hoy Julio Herrera y Obes.

(Fotografías de la colección del autor).

LA FERIA DOMINICAL

La feria matutina dominical de la calle Tristán Narvaja, la Feria por antonomasia, es acaso el único detalle original de la vida urbana de Montevideo.

Toca con el Mercado de Asunción del Paraguay, recuerda ciertos aspectos del Rastro de Madrid (me dice alguien) y los libros viejos colocados en hilera hacían pensar a un amigo mío, un domingo de cielo color ceniza, en los puestos de la orilla del Sena.

Que se parece un poco a los mercados paraguayos yo don fe.

Y más debía recordarlo hace cuarenta años a juzgar por los grupos de mujeres vendedoras que aparecen en las fotografías viejas que ilustran mi crónica.

Sea como sea es una nota genuinamente capitalina y en tal concepto bien vale que se conozcan algunas noticias acerca de sus orígenes que remontan a medio siglo muy atrás, cosa que asombrará a más de uno, quizá algún cierto.

La Feria, por lo demás, llega obligatoriamente con reminiscencias de infancia a las generaciones de hoy.

"Mi padre me llevaba los domingos"... "Un día caminando con mamá por la feria"... "Después de la feria — me acuerdo — íbamos a pasear en el tren de los carneritos en la Plaza Cagancha"...

Decadía, ultimamente, la feria popular, por ordenanza de una autoridad municipal impuesta a la ciudad por la Dictadura, es curioso notar la coincidencia que la feria tuvo su origen en autoridades municipales de igual repudiable procedencia, durante la Dictadura de Latorre.

A fines de enero de 1877, en efecto, en pleno esplendor del régimen de sangre que hizo de "la campaña habitable" el miserable pretexto de las libertades conculcadas, quedó constituida en Montevideo la llamada Comisión de Agricultura de la Comisión Extraordinaria Administrativa, que hacía las veces de Junta Municipal.

Bajo la presidencia de Agustín de Castro, integraban el nuevo organismo el doctor Gualberto Méndez, el ingeniero Juan A. Capurro, Lucio Rodríguez, Alejandro Canstatt, Luis de la Torre, Modesto Cluzeau Mortet, Pedro Margat (hijo), doctor Blas Vidal, Víctor Las-Cazes, Marcos A. Vaeza y Pedro Saenz de Zumarán.

El objetivo principal del nuevo organismo era propugnar por el cumplimiento de la misión de velar por el fomento de la agricultura, señalada a las Juntas E. Administrativas por los constituyentes del año 30... "Nobles ciudadanos (según confesaba con franqueza ingenua Agustín de Castro al dar posesión de los cargos), cuyas virtudes y patriotismo ellos no habían acertado a imitar..."

A poco más de treinta días de estar funcionando la comisión, el vocal Luis de la Torre presentó el bien estudiado e interesante plan de una feria popular de productos agrícolas que se realizaría semanalmente en un paraje céntrico de la ciudad.

Dos Lucio Rodríguez —uno de los ciudadanos más progresistas y meritorios que haya habido en el país— conforme en lo principal, hallaba mejor que la feria tuviese lugar dos veces por semana, y como algunos otros colegas objetasen a su turno, pasó el asunto a estudio de la infalible sub-comisión.

A la reunión siguiente —sin más término que ocho días— se tuvo el dictamen favorable y el proyecto elevóse para su debida aprobación a la Comisión Extraordinaria.

Aceptada la idea por ésta, tocaba a la de Agricultura confeccionar el reglamento respectivo, mientras se circulaban los avisos necesarios para llevar la noticia a conocimiento de los productores y del público, por medio de circulares, carteles y sueltos en los diarios.

Llamábanse no solamente a los hombres de labor de Montevideo sino, muy en especial a los agricultores de Canelones, Florida, San José y Durazno, ligados por los rápidos servicios del ferrocarril.



La feria en la Avenida Gral. Rondeau. Aspecto en el cruce con la calle Uruguay, tomado en 1899.

Empeñada briosamente la Comisión, hizo las cosas de modo que siete semanas a contar de la presentación del proyecto del señor de la Torre, el 15 de abril de 1877, la feria inauguróse en la Plaza Independencia, con todos los visos de un acontecimiento urbano, favorecido por una magnífica mañana de sol.

Todo convidaba al público a concurrir— escribía J. F. Sáenz de Urraca, director del boletín de la Comisión— la belleza del día, la del sitio destinado para la feria, la curiosidad que excita todo acontecimiento nuevo, el estampido de los cohetes, los ecos armoniosos de las bandas militares.

Conforme puede suponerse, fué una fiesta en regla.

"Entre los más amables visitantes", según la pintoresca expresión de un gacettillero contemporáneo, se contó al señor Gobernador Coronel Lorenzo Latorre y sus ministros de Gobierno y Guerra, José María Montero (hijo), y Coronel Eduardo Vázquez.

Para terminar las ventas, un rematador especialmente nombrado remataba en una hora más, los productos no retirados.

El sistema de liquidación no dió resultado, concluyendo por caer en desuso.

A medio día en invierno, y a las once en verano, todas las actividades debían haber cesado y los puesteros tener levantados sus toldos (que obligatoriamente eran de modelo idéntico reglamentado según patrón oficial) y limpio el sitio, cuyo disfrute — entonces no se conocían las innumerables gabelas de la hora ni el famoso "completo municipal"— era gratuito.

Demolido el Mercado Viejo, antigua Ciudadela española, y duplicada el área de la Plaza Independencia, cuya fisonomía varió totalmente, la feria pasó a ubicarse en la calle 18 de Julio, y más tarde a la Avenida Rondeau, prolongándose por Ibicuy a través de la Plaza Cagancha.



Comprando hortalizas hace 40 años

Acompaña a mi artículo un plano de la ubicación primitiva de la feria y de cómo se distribuían los varios ramos de venta.

Ampliando las someras referencias del planito añadiré estos detalles.

La sección N.º 1, se destinaba para flores, plantas y frutas; la N.º 2, para aves y animales de corral; la N.º 3, para productos agrícolas en general, papas, miel, cera, legumbres y los fabricados en el país, como seda, aceite, vino, aguardiente y demás productos de la industria agrícola, y la N.º 4, para cereales, instrumentos agrícolas y también libros de agricultura.

Por ampliaciones del primitivo plan, figuran en la feria actual muchos ramos que no entraban en el proyecto originario.

Otras veces los ramos han encajado por generalizaciones: de libros de agricultura exclusivamente a toda clase de libros; de implementos agrícolas a toda clase de artículos e instrumentos manuales y domésticos.

Feria y exposición todo en uno, algunos productos de la tierra se presentaban por primera vez a vista del público, como las castañas frescas de la quinta de Nicolás Milone, nacidas de semillas traídas de Italia.

Los señores General Lucas Moreno e Ildefonso García Lagos, merecieron vivas felicitaciones por los productos de sus chacras.

El señor Moreno, en su quinta de la esquina de Goya y Larrañaga, sobre todo, era un apasionado de las cuestiones agrícolas.

A las diez de la mañana, hora fijada pa-

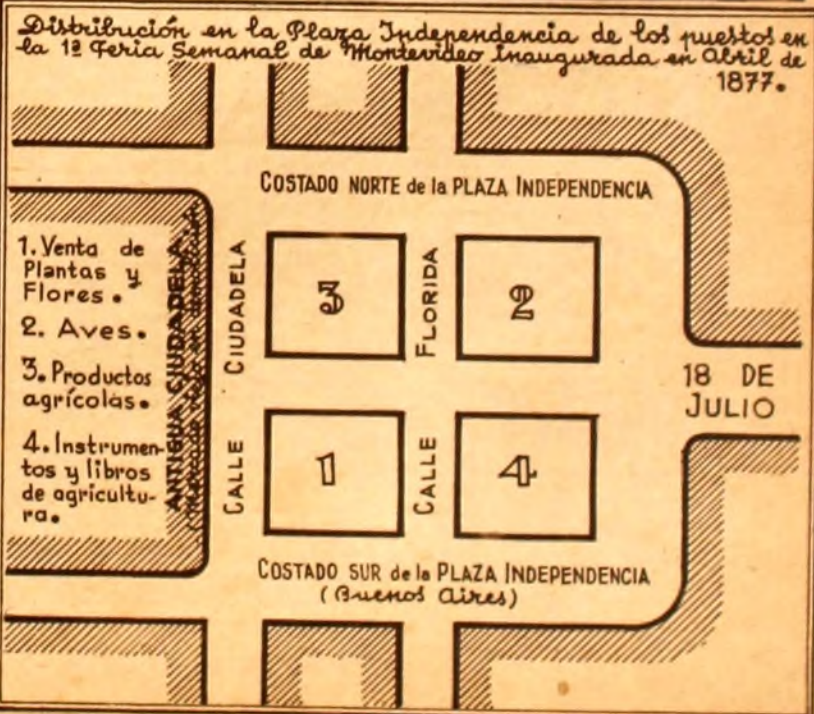
Durante un corto período se la trasladó al baldío que encuadran las calles Soriano, Elido y Santiago de Chile, pero esa ubicación no fué duradera, tornándose a la Avenida, de donde por exigencias del tráfico, pasó a establecerse en la calle Cuareim, libre de tranvías, pues los rieles del tren Montevideoano o Uruguayo estaban abandonados para siempre.

Una última resolución, sacándola del radio de la ciudad nueva, la tiene establecida desde hace mucho tiempo en la calle Tristán Narvaja, antes Yaro, arrancando de la Avenida 18 de Julio, donde luce la mancha multicolor de los puestos de flores para terminar en el cruce de la calle La Paz, entre una fila de lustradores de botines...

J. F. Sáenz de Urraca



Mujeres que recuerdan las de los mercados paraguayos. Instantánea del año 1900.



Planta de la Feria, en la época de su inauguración, 1877.